

CAPÍTULO XI

JESUITAS ESPAÑOLES EN FRANCIA

SUMARIO: 1. Hermanos estudiantes españoles en París. — 2. El P. Maldonado llega á París en 1563 y empieza á enseñar teología en 1565. — 3. Éxito asombroso de sus lecciones. — 4. Oposición de la universidad. — 5. Llega á París el P. Perpiñá y defiende brillantemente al P. Maldonado y á la Compañía. — 6. Llega á París el P. Mariana en 1569. — 7. Enseñan á la par teología Maldonado y Mariana. — 8. El P. Maldonado Visitador de la provincia de París. Acude, como elector de esta provincia, á la cuarta Congregación general, y muere en Roma en 1583.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae mixtae*. — 2. *Epistolae Galliae*.

1. Desde el principio de la Compañía nunca faltaron en Francia algunos jesuitas españoles. Verdad es que en los primeros veinte años el oficio de nuestros Padres en aquella nación era bien distinto del que solían ejercitar en otros países. Enviaba San Ignacio sus discípulos españoles para plantar la Compañía en otras provincias, pero á Francia los enviaba simplemente para estudiar en la universidad de París. En 1540 salió de Roma la primera colonia de este género, y unos pocos de nuestros estudiantes empezaron á vivir en París bajo la dirección del P. Diego de Eguía, aquel navarro admitido en Venecia por San Ignacio, de quien hicimos mención en el tomo anterior (1). Dos años después se acrecentaba la colonia con tres españoles que habían de ser muy célebres, los PP. Pedro de Ribadeneira, Francisco de Estrada y Andrés de Oviedo.

En este estado de oculto retiro perseveró varios años aquella casa de París. Sus moradores se aplicaban principalmente al estudio, y si algo hacían en bien de los prójimos, era solamente por medio de conversaciones particulares y dando los Ejercicios. En 1551, á instancias del Cardenal de Lorena, concedió el Rey Enrique II á la Compañía la facultad de abrir un colegio en París. Con esto salieron

(1) Las noticias que poseemos sobre aquellos primeros jesuitas que estudiaron en París pueden verse en *Epist. mixtae*, t. I, desde la pág. 50 en adelante.

más á la luz del día los Nuestros, y esperaban poder trabajar más eficazmente en aquella ciudad. Todavía, sin embargo, hubieron de pasar más de diez años de luchas y contradicciones antes de asentar el pie definitivamente en aquel centro importante (1). Por medio del coloquio de Poissy, en 1561, se allanaron en gran parte las dificultades, y dos años después se empezó á disponer en París la apertura del colegio de Clermont, llamado así por ser su fundador Guillermo de Prat, Obispo de Clermont. Entonces fué cuando los Padres españoles pudieron pagar á la capital de Francia los beneficios que de ella había recibido en sus principios la Compañía.

El principal Padre español que allí empezó á distinguirse fué el célebre Juan Maldonado, quien llegó á París por el otoño de 1563.

2. Entonces empezó la carrera gloriosa de este hombre superior, que levantó notablemente los estudios teológicos en la capital de Francia y había de ser con el tiempo uno de los más ilustres escriturarios que conocemos. El 22 de Febrero de 1564 se abrió solemnemente el colegio, cuyas dos principales cátedras estaban ocupadas por dos españoles, la de filosofía por el P. Maldonado, y la de retórica por el P. Miguel Venegas. (2) Ya en este primer año llamó mucho la atención el P. Maldonado, y cerca de doscientos estudiantes, de lo más granado de la capital, se agrupaban en torno de su cátedra para escuchar con atención y aun copiar tal vez sus lecciones (3). Bien necesitaban nuestros Padres el consuelo de este suceso feliz, pues todo aquel año lo pasaron oprimidos por los trabajos que les ocasionó el ruidosísimo proceso que formó contra ellos la universidad. Pasada aquella tormenta, y sosegadas algún tanto las cosas,

(1) Para esto, y para todo lo demás que debemos decir en este capítulo, debe consultarse la hermosa monografía del P. Prat, S. J., *Maldonat et l'Université de Paris*. A los principios de la obra se hallan expuestas las graves dificultades que hubo de padecer la Compañía en los primeros veinte años, antes de establecerse definitivamente en Francia.

(2) Véase la carta cuatrimestre escrita por el P. Venegas el 1.º de Setiembre de 1564. (*Epist. Galliae*, t. II, f. 166.)

(3) El P. Manareo al P. Lainez. París, 20 de Julio de 1564. Véase cómo refiere el hecho el P. Oliverio Manareo: «*Qui Maestro Maldonado ha il primo nome di philosopho, et in effeto mi fa stupire del suo ingegno et judizio, la grande promptitudine della memoria, et massime in citare tecti greci..... Ha ben 170 scholari, et tal volta appresso ducenti. L'ordinarii che tutte le lectioni scrivono sono da 150, et si legge con tal favore del Signore, che nessuno ha ardire in amendue le lectioni di far uno minimo strepito. Vengono a Maestro Maldonado solamente huomini provetti et giuventu molto honorata.*» (*Epist. Galliae*, t. II, f. 159.)

pensaron los Nuestros en abrir una clase de teología, y escogieron para este cargo al P. Maldonado.

El 1.º de Octubre de 1565 empezó su curso teológico en nuestro colegio. Introdujo en la enseñanza las saludables reformas que había aprendido en Salamanca de los Padres dominicos. Sabido es que en el siglo xv había degenerado la teología, entregándose excesivamente á las sutilezas escolásticas. Para ser buen teólogo es necesario, sin duda, fundarse bien en lógica y metafísica; pero dar demasiado tiempo á las cuestiones de pura razón, discurrir cavilosamente sobre entidades y formalidades filosóficas, y esto descuidando por otra parte la sólida erudición de la Escritura y Santos Padres, de la historia y tradición eclesiástica, era ya un abuso reprehensible que había depravado los estudios teológicos á fines de la Edad Media. El nacimiento del protestantismo abrió los ojos á muchos doctores, enseñándoles la necesidad de dar nuevo giro á los estudios. En las universidades de España se había mejorado la teología por los esfuerzos principalmente de los Padres dominicos; pero en París parece que aun reinaban demasiado las argucias y sutilezas tradicionales.

3. Empezó, pues, Maldonado su curso teológico tomando por base el maestro de las sentencias, como era costumbre entonces, pero indicando desde el principio las modificaciones que pensaba hacer y las cuestiones polémicas, desconocidas de Pedro Lombardo, que era preciso estudiar. Un éxito felicísimo coronó muy pronto las lecciones de nuestro teólogo. No sólo acudían á oírle los jóvenes estudiantes que deseaban graduarse en teología, sino también lo más escogido de la sociedad de París, así en nobleza como en doctrina. Concurrían allí magistrados y grandes señores; veíanse allí profesores de otros colegios que, después de enseñar otras facultades, venían á hacerse discípulos de Maldonado en teología; allí, doctores de la Sorbona tropezaban con ministros protestantes; allí, abades y tal vez obispos se mezclaban á una multitud de eclesiásticos inferiores.

Este concurso inesperado hizo trasladar la cátedra del P. Maldonado al refectorio, que era la sala más vasta de todo el colegio, pero ni aun allí cabía la gente, y fué menester algunas veces sacar la cátedra al patio, donde el Padre daba sus lecciones al aire libre cuando el tiempo lo permitía. En cada una de sus lecciones se ofrecía, dice Prat (1), un espectáculo parecido al que se presenta de tiempo en

(1) *Maldonat et l'Université de Paris*, I, II, c. 1.

tiempo en nuestras solemnidades literarias. Los que querían tener sitio debían cogerlo de antemano. Veíanse lacayos de grandes señores venir, vestidos de librea, dos ó tres horas antes de la clase y estar allí guardando el sitio para sus amos. La atención de los oyentes era vivísima; muchos de ellos escribían los principales argumentos explicados por el maestro, otros pagaban á buenos copistas para que les hicieran este servicio. Hubo prelados y personajes, quienes, viviendo fuera de París, y oyendo la fama de nuestro teólogo, alquilaron copistas que les trasladasen las lecciones. Fué verdaderamente notable el fruto y aplauso recogido por el P. Maldonado en su curso teológico.

¿Y de dónde provenía esta general aceptación? Después de Dios, se debía, sin duda alguna, al cuidado de nuestro teólogo en acomodar cuanto podía sus lecciones á las necesidades presentes de la Iglesia y de Francia. Recuérdese que entonces era la época de las grandes luchas religiosas entre católicos y calvinistas, que las dos religiones se hacían guerra terrible no menos con la pluma que con la espada. Adviértase además la suma importancia que entonces se daba á la teología, cuyas disputas, argumentos y polémicas tenían para el público el interés que ahora tienen las luchas parlamentarias. Ver, pues, un teólogo dueño de su ciencia, sólidamente fundado en la Escritura y Santos Padres, que refuta con fuertes argumentos los nuevos errores, interpreta bien los textos debatidos y defiende irresistiblemente la verdad católica, era para aquel tiempo un espectáculo interesantísimo, pues el objeto de todas las luchas era la religión.

4. Como ya supone el lector, no tardaron en levantarse contradicciones al nuevo maestro y á la Compañía. Dos centros de oposición perseveraban en París contra los jesuitas: el primero era de los herejes, que allí como en todas partes alzaban siempre la voz contra los hijos de San Ignacio; el segundo era la universidad, cuyos maestros miraban con envidia los triunfos que la Compañía lograba en la enseñanza. Por el mes de Marzo de 1566, habiendo llegado á París el condestable de Montmorency, fué el rector de la universidad á verse con él para recomendarle la misma universidad y pedirle que les librase de un modo ó de otro del colegio de los jesuitas, pues éstos se llevaban los mejores discípulos. Al buen condestable no le parecieron bien las fútiles razones del rector, á quien conoció animado de poco nobles sentimientos. Así, en vez de dar ningún paso contra la Compañía, confirmó á nuestros Padres la promesa que les

había hecho ya antes de protegerlos en cualquier ocasión (1). Viendo los contrarios que les había salido mal este primer golpe, empezaron á hacer la guerra á la Compañía por el medio, tan ordinario en aquel tiempo, de invectivas, libelos, epigramas y otros modos más ó menos indecorosos de denigrar al prójimo.

5. Para responder á esta guerra literaria, condujo Dios á París otro Padre español que ha dejado en las letras grata memoria. Pedro Juan Perpiñá había nacido en Elche en 1530. Después de una educación literaria, no del todo recta, que recibió en Valencia, entró en la Compañía en la misma ciudad el año 1550 ó 51. Ignoramos el día fijo de su entrada, y sólo sabemos que fué enviado á Coimbra por Setiembre de 1551, siendo todavía novicio. Allí se perfeccionó en las letras humanas, y dos años después empezó á enseñar humanidades en Lisboa, llamando ya la atención por su destreza en el manejo de la lengua latina. Algunos meses no más permaneció en Lisboa, pues á fines de Agosto de 1553 le encontramos en Évora, dando principio á la clase de retórica en el colegio fundado por el Cardenal D. Enrique. Dos años enseñó en Évora, hasta que en 1555 se le envió á Coimbra, donde recibió las sagradas órdenes, y por espacio de seis años ilustró aquel colegio con el esplendor de su estilo y magisterio literario. En 1561, buscando el P. Láñez sujetos insignes que acreditasen al colegio romano, mandó al P. Nadal que le enviase de España algunos buenos ingenios. Designó el Visitador, entre otros, al P. Perpiñá. Desde entonces hasta 1565 enseñó Perpiñá letras humanas en Roma, fué enviado luego para enseñar Escritura á Lyon, y pocos meses después, por Abril de 1566, le trasladaron á París.

Era precisamente el tiempo en que los maestros de la universidad, ofuscados por la gloria de Maldonado, renovaban los ataques contra la Compañía, tratando á los maestros de ésta de bárbaros, corruptores de la juventud, turbadores de la paz, y de otros crímenes que su ciega envidia les hacía inventar. Salió á nuestra defensa el P. Perpiñá en una Memoria latina, redactada con la elegancia que él sabía, y dirigida al Cardenal de Lorena, donde refuta uno por uno los cargos que se hacían al P. Maldonado y á todo el colegio de Clermont.

La primera acusación era la de ser extranjero el P. Maldonado. En ninguna parte, dice Perpiñá, debía valer menos semejante objeción

(1) Véase la entrevista entre el rector y el condestable, descrita en la carta del P. Edmundo Hayo. París, 1.º de Mayo de 1566. *Epist. Galliae*, III, f. 22.

que en París. Aquella célebre universidad había tenido por costumbre llamar á su seno á todos los hombres más sabios del mundo de cualquiera nación que fuesen. Nadie se había ofendido jamás de que hubieran ilustrado las cátedras de París hombres como Alcuino, Escoto, Pedro Lombardo, Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura. Actualmente se veían en la ciudad muchos extranjeros que desempeñaban cátedras; ¿por qué, pues, oponerse al P. Maldonado por el pretexto de ser extranjero?

La segunda objeción, ó más bien insulto, lanzado por el rector de la universidad á nuestros maestros, era llamarlos bárbaros. Á esto responde muy bien Perpiñá preguntando, cómo era que los franceses acudían con tal ansia á oír las lecciones de aquellos bárbaros. Algo tendrían de bueno, cuando con tanto gusto se les escuchaba. Además la ciencia y la cultura, ¿estaban vinculadas á Francia? ¿No florecían también en España, Italia y Alemania? Finalmente, el orador la emprende con la última y la más absurda de las acusaciones, cual era la de alborotar y corromper á la juventud. Bien quietos y sosegados estaban los jesuitas en su casa. Los que alborotaban eran sus émulo y envidiosos, que no dejaban en paz á los estudiantes que frecuentaban el colegio de Clermont. La única intervención de los jesuitas se había hecho sentir en alguna ocasión en que sus discípulos, acosados por las burlas é injurias de nuestros enemigos, habían intentado reprimir á mano armada semejantes agresiones; pero los jesuitas, advertidos de lo que se preparaba, supieron sosegar á sus discípulos y evitar un conflicto. En cuanto al cargo de corromper á la juventud, no merecía respuesta. Allí estaban nuestros alumnos y los de la universidad. Que se comparase la moralidad de los unos con la de los otros.

No tenía réplica este discurso de Perpiñá, y sirvió sin duda para confirmar á nuestros amigos en el afecto á la Compañía. Poco tiempo después se manifestó el entusiasmo con que nos miraban nuestros discípulos, cuando el P. Perpiñá hubo de pronunciar su primer discurso público el 3 de Junio de 1566. El concurso era muy escogido, y no faltaban algunos enemigos de la Compañía que acudieron atraídos por la curiosidad de oír al nuevo maestro. Éste empezó su discurso con aquel estilo elegante, sonoro y redondeado que le caracterizaba, exponiendo el gusto que había experimentado en ver la universidad de París, y manifestando el sentimiento de que la pasión ó mala inteligencia de algunos enemigos de la Compañía le impidiesen fraternizar con todos los sabios que florecían en aquel gran centro

literario. Aunque español, se creía en París como en su patria, primero, por el vínculo de la religión, que á todos los católicos une, y segundo, por el comercio científico y literario que en aquella ilustre ciudad estrecha las relaciones entre todos los sabios de cualquier país que sean.

Prevenidos los ánimos con este urbano exordio, entra el orador en el objeto principal de su discurso, que era exhortar á los oyentes á conservar la antigua religión y preservarse de la nueva secta que se llamaba religión, pero que era realmente una escuela de impiedad. Al oír esta palabra, algunos calvinistas, que estaban al extremo de la sala, interrumpieron al orador con algunos gritos y silbidos. El Embajador de Venecia, grande amigo nuestro, que se hallaba presente, dió una voz diciendo que se echara afuera á los que así turbaban el discurso. Algunas otras personas empezaron á repetir: ¡*Afuera!* ¡*Afuera!* Un joven romano se acercó á los calvinistas y les exhortó á salirse de la sala. Como ellos no se movían, sacó la espada, terció la capa, y por poco hay allí una escena sangrienta y espantosa. Quiso Dios que los herejes, viéndose tan pocos contra tantos, tuvieron á bien retirarse, y cerrada la puerta, volvieron todos los demás á sus asientos y escucharon lo restante del discurso con singulares muestras de aprobación (1).

Felices principios daba á su enseñanza literaria el P. Perpiñá, y esperaban los Nuestros que pondría en el colegio de París las letras humanas á la altura en que había puesto el P. Maldonado la teología; pero Dios ordenó las cosas de otro modo. El buen P. Perpiñá murió pocos meses después, el 28 de Octubre de 1566, cuando sólo contaba treinta y seis años de edad (2).

6. Aplacados algún tanto los ánimos de los enemigos de la Compañía, y asentado cada vez más el crédito de nuestros estudios, continuó Maldonado el curso de teología, que terminó en cuatro años, por el verano de 1569. Entonces le concedieron un año de descanso por su quebrantada salud (3). En aquel mismo año recibió

(1) Menciona el incidente el P. Manare, *Epist. Galliae*, III, f. 31.

(2) Todos estos datos y otros no menos interesantes puede verlos el curioso lector en la monografía latina que recientemente ha consagrado el P. Gaudeau, S. J., á la memoria de nuestro buen P. Perpiñá, *De Petri Joannis Perpiniani vita et operibus*. París, 1891.

(3) El P. Maldonado, escribiendo al P. Polanco, dice: «Esta licencia de reposar un año no la pedí por pasatiempo, sino por necesidad, quedando de tal suerte del trabajo pasado, que el mismo P. Rector juzgaba que si continuaba á leer otro año

un compañero ilustre en el P. Juan de Mariana. Ya vimos en el capítulo anterior cómo había empezado este Padre su magisterio en Roma. Al cabo de algunos años fué enviado á Palermo con el mismo oficio, y de esta ciudad le trasladaron á París, adonde llegó el 27 de Diciembre de 1569 (1), para compartir con Maldonado la enseñanza de la ciencia sagrada. Según Prat, enseñó teología positiva; según Sacchini, Sagrada Escritura; pero como se desprende de una carta del mismo Mariana, lo que enseñaba era teología escolástica, como Maldonado. Debían ser ambos los maestros de prima y de vísperas, como vulgarmente se dice (2), y, efectivamente, lo fueron desde que en 1570 volvió á su cátedra Maldonado.

7. Estos dos hombres se completaban mutuamente en la enseñanza, y difundían en París la ciencia que habían recibido en nuestras dos célebres universidades de Salamanca y Alcalá. No deja de vislumbrarse en la enseñanza de uno y otro el carácter de las dos universidades que los educaron. En Maldonado aparece la solidez escolástica de Salamanca; en Mariana la copiosa erudición de Alcalá. Ambos maestros mostraban el carácter valiente de los españoles del siglo XVI; sólo que en Mariana se manifestaba este valor con la rudeza del hombre que sólo piensa en sus ideas y acomete de frente á todo el que las contradice. Maldonado, en cambio, hombre prudente y medurado, sabía disimular y callar, hasta que, llegado el momento, se ponía á defender los dogmas de la fe con una fuerza irresistible.

Poco sabemos de particular sobre el magisterio de Mariana en París, que se prolongó por espacio de cuatro años. El P. Maldonado, después de emplear algunos meses, entre 1569 y 1570, en dar fecun-

perdería la cabeza para siempre, porque se me desvanecía de tal suerte la cabeza, que aun pensaba de no llegar al fin de mi curso.» París, 21 de Noviembre de 1569. *Epist. Galliae*, IV, f. 18.

(1) *Ibid.*, f. 22.

(2) Escribiendo al P. Nadal, con fecha 29 de Octubre de 1571, después de expresar el mucho concurso de gente que acude á oír sus lecciones, y más aún las del P. Maldonado, prosigue así Mariana: «El modo de leer que tengo es seguir á Santo Tomás en cuestiones, doctrina y orden, declarando su doctrina toda. Es verdad que no me pongo á declarar su misma letra, aunque llevo el libro á la clase. La causa ha sido por no comenzar tan de rondón á mudar la manera que hasta aquí se ha tenido, y también porque en tan grande número por ventura no habrá treinta que tengan á Santo Tomás. Es verdad que con todo esto no dejo ni metafísica ni otra cosa, aunque no lo trato todo tan á la larga como en Roma; pero, en fin, procuro de acomodarme á lo que veo que es menester para introducir la teología escolástica, de la cual no se podría creer la falta que hay en París.» *Epist. Galliae*, VI, f. 84. París, 29 de Octubre de 1571.

das misiones con otros cinco Padres franceses en la comarca de Poitiers, empezó su segundo curso de teología escolástica el 10 de Octubre de 1570. En el curso anterior se había ceñido algo al maestro de las sentencias; en este segundo prescindió de aquel autor y trazó por sí mismo un hermoso plan de toda la teología, más completo y más acomodado á las necesidades presentes. El crédito de que gozaban en París Maldonado y Mariana, nos lo explica magistralmente el P. Oliverio Manare, Visitador entonces de aquella provincia y el hombre más respetable, sin duda, que teníamos entonces en Francia. Dice así, en carta á San Francisco de Borja, escrita el 14 de Octubre de 1570: «Maestro Maldonado apenas podría tener mayor crédito del que tiene. Maestro Mariana, aunque lo tenga menor, le sigue muy de cerca. En cuanto al número de los oyentes, serán más de quinientos, esto es, todos los que pueden caber en la estancia dejando las puertas abiertas. Por lo que hace á la erudición, ambos son grandemente estimados» (1). Al fin de la carta avisa el P. Visitador que como el P. Mariana padece algo de melancolía, convendrá que le escriban de vez en cuando los Padres que le conocen en Roma. También padece de mal de piedra, aunque en algunas temporadas se sintió muy aliviado y trabajó briosamente, como si gozase de perfecta salud (2).

El P. Maldonado hubo de interrumpir este segundo curso por un viaje que hizo á Sedán á fines de 1572, para convertir á la Duquesa de Bouillon, que se había hecho calvinista. También podemos contar como interrupción de su enseñanza los meses que fué Viceprovincial de Francia, mientras duró la Congregación de 1573. Continuó en París hasta 1576, y entonces le trasladaron al colegio de Bourges donde no tanto trabajó en la enseñanza, como en la composición de su celeberrimo comentario sobre los cuatro Evangelios.

Parecía natural que, habiendo conseguido tales triunfos en la enseñanza de la teología, publicase algún curso teológico donde se perpetuasen las glorias de su magisterio. Pero no fué así. Ya por las inquietudes exteriores que siempre le asediaron en París, ya porque aun entonces le inclinase su afición á los estudios bíblicos, es lo cierto que los escritos teológicos de Maldonado más tienen traza de

(1) *Epist. Galliae*, v, f. 48.

(2) El 7 de Junio de 1572 propone el P. Manare á San Francisco de Borja que se envíe á España al P. Mariana, porque le va mal de salud en París. *Epist. Galliae*, vi, f. 21. El P. Mariana, el 12 de Junio de 1572, avisa que padece mucho de mal de piedra y que no podrá seguir enseñando. *Ibid.*, f. 30.

apuntes informes que de tratados completos, y que son conocidos tal vez más por los bibliógrafos que por los teólogos (1).

En cambio, levantó un monumento incomparable en el comentario sobre los cuatro Evangelios que compuso en los últimos años de su vida. Parece haber tenido Maldonado la idea de comentar toda la Sagrada Escritura, pero sólo pudo terminar la explicación de los Evangelios. Para esta inmensa tarea se había ido disponiendo mientras explicaba teología en París. Había estudiado á este fin el hebreo, siríaco, caldeo y árabe; había recogido cuidadosamente las falsas interpretaciones que los herejes modernos daban á muchos pasajes del sagrado texto; se había apropiado todo cuanto se sabía entonces sobre la historia de los pueblos antiguos; había estudiado las obras de los Santos Padres; en una palabra, no había omitido ninguno de los medios que el siglo xvi podía suministrar á un intérprete de la Sagrada Escritura. Así logró ser el príncipe de los comentadores de los Evangelios. ¡Lástima que su corta vida no le diera lugar para más!

8. Tranquilo vivía en Bourges, trabajando sin cesar en su obra predilecta, cuando el P. General, Everardo Mercuriano, le nombró Visitador de la provincia de Francia. No podemos detenernos en los pormenores de esta visita, que se ejecutó con general satisfacción en los años 1578 y 79 (2). Terminada la visita, recogióse otra vez al colegio de Bourges, y allí vivió hasta principios del año 1581, en el cual hubo de asistir á la cuarta Congregación general, como elector de la provincia de Francia. En esta Congregación se le encargó pronunciar el discurso ó plática que es costumbre hacer cuando se va á proceder á la elección del General. Hízolo con gran satisfacción de los circunstantes el 19 de Febrero de 1581, y pocos momentos después era elegido General de la Compañía el P. Claudio Aquaviva. El nuevo General detuvo en Roma al P. Maldonado. Cuando se supo que debía residir allí, se le llamó al instante por orden de Gregorio XIII, para formar parte de la comisión que trabajaba entonces con tanto ahinco en la revisión de la Vulgata. Dedicóse Maldonado con gusto á esta labor, y en ella perseveró hasta su muerte, ocurrida el 5 de Enero de 1583, cuando aun no había cumplido los cincuenta años. Quince días antes había entregado á la censura el manuscrito, ya terminado y corregido, de sus comentarios á los Evangelios.

(1) Véase el catálogo de sus escritos en Sommervogel.

(2) Véase á Prat, *Maldonat et l'Université de Paris*, p. 439 y sigs.